

La torre de Valleumbroso

Luis Enrique Tord

*«Semejante a la luna en el cielo nocturno, el Pabellón de Oro había sido
construido cual un símbolo en medio de las tinieblas de su tiempo...»*

Yukio Mishima
El pabellón de oro

De acuerdo a documentos de archivo don Isidro María de Esquivel y Jaraba, hermano segundo de don Diego, marqués de San Lorenzo de Valleumbroso, fue con mucho el personaje más interesante de esta predominante familia cuzqueña en la segunda mitad del siglo xvii. A diferencia del mayorazgo —soberbio señorón de horca y cuchillo— don Isidro María fue un cultivado aficionado al arte y un lector apasionado e impenitente. La documentación familiar y los protocolos notariales del Cuzco recogen pormenores acerca de sus actividades, ratificándome en mi antigua convicción de que fue uno de los más insignes humanistas del Virreinato. Se entiende que su nombre no aparece con mayor frecuencia al lado de las personalidades cuzqueñas del seiscientos porque a pesar de que su erudición fue inmensa, es poco lo que dejó escrito, permaneciendo inédito y confundido con papelería de otra naturaleza en el rico como desordenado archivo privado de su casa marquesal. Esto

último es fácil de demostrar: todos los estudiosos que se han interesado en los Valleumbroso se circunscribieron a expurgar papeles que contienen información económica acerca de sus numerosos pleitos judiciales, sus ingentes bienes y vastas transacciones comerciales, pero ninguno se detuvo en los dedicados a escritos filosóficos y literarios, que fueron las materias que preocuparon a nuestro personaje. La investigación de ellas fue el hilo que me llevó a deshilar una trama espiritual cuya intensidad no cesa de asombrarme. No es posible que en breves líneas trace pormenores acerca de sus conocimientos en varias ramas del saber. Baste decir que he tenido ocasión de leer con atención un opúsculo de matemáticas que, sometido a la consideración de autoridades en esta disciplina, encomiaron la alta formación que poseyó su autor al dilucidar en él, con facilidad, ecuaciones y teoremas que de haberse difundido en su época habrían suscitado admiración. En este terreno de las matemáticas su notable talento fue favorecido por el fecundo viaje que había efectuado en su juventud a España, Italia y Francia donde había bebido ávidamente en las fuentes de las más avanzadas corrientes filosóficas. Su pasión por el saber lo llevó naturalmente a hacerse de una considerable biblioteca que a su retorno al Cuzco en 1628, a los veintiocho años de edad, continuó ampliando con importantes adquisiciones que le enviaban sus agentes librerías del Viejo Mundo.

Un número menor de esos libros los poseyó cien años más tarde su pariente, el célebre canónigo de la catedral del Cuzco don Diego de Esquivel y Navia¹, y la mayor parte de ese rico repositorio permaneció integrando el cuerpo principal de la biblioteca de la casa hasta mediados del siglo XVIII en que la incrementó el erudito tercer marqués consorte de San Lorenzo de Valleumbroso don José Agustín Pardo de Figueroa. Gracias al prolijo inventario que se tiene de ella he podido constatar que en esa época se preservaban

1. Autor de *Noticias cronológicas de la Gran Ciudad del Cuzco* (c. 1750).

en el patrimonio familiar no menos de dos mil volúmenes que habían pertenecido a don Isidro María ciento cincuenta años atrás, como se puede cotejar con la relación que consta en su testamento firmado semanas antes de su fallecimiento en 1677.

No he querido detenerme más que ligeramente en la mención de aquel desconocido opúsculo matemático por no hacer innecesariamente extensas estas líneas introductorias, y porque mi interés es adelantar un ejemplo de sus preclaras dotes académicas antes de pasar al punto que constituye una auténtica revelación acerca de sus peregrinos conocimientos y actividades.

Es el caso que auscultando infolios en el archivo marquesal me cayó inopinadamente en las manos un compacto paquete de documentos que por la flojedad de los anudamientos de sus cuerdas es fácil constatar que ha sido abierto en otras oportunidades. Pero, a pesar de que ha sido objeto de atención de otros estudiosos, su contenido no suscitó el debido interés. Confieso que ellos iban a correr la misma suerte conmigo pues a raíz de una ligera inicial impresión me parecieron copia de los planos de las edificaciones principales de la hermosa casa-hacienda familiar de Quispicanchi, que en otros documentos se denomina también «Valleumbroso» o «La Glorieta». Pero un análisis más detenido me llevó a observar que junto con los planos de plantas, perspectivas y volumetría de esa gran residencia campestre, se halla el diseño de un recinto dibujado con particular esmero al que acompaña un extenso relato con minuciosas explicaciones acerca de su estructura y elementos decorativos. Este recinto está situado en el extremo de la galería Este, exactamente la contraria de la parte social de la casa. Ese espacio ha sido ubicado en el cuerpo más aislado del edificio de tal forma que no es pasaje de tránsito a ningún sitio, y para llegar a él hay que dirigirse expresamente a ese extremo del ala oriental de la finca. Hasta aquí nada me llamó la atención pues supuse que esa estancia estuvo destinada a ser una salita de lectura o un sencillo estar discretamente apartado de los espacios de circulación social. Sin embargo una atenta lectura de los textos explicatorios del plano mencionado me puso sobre una pista inesperada.

Empezaré precisando que trabajé con una lente de aumento que me facilitó leer aquella letra borrosa y diminuta. ¡Y no tengo dudas de que si alguno de mis colegas antecesores hubiese estudiado esos documentos de la misma forma se habría asombrado mucho antes que yo de lo que allí vi! De lo que vi en ese plano, sí, pero que todavía se halla —aunque muy deteriorado— en la propia finca de Quispicanchi.

El recinto en mención no ofrece nada particularmente notable observado desde el exterior. Inclusive se confunde con el vasto conjunto de edificaciones de esta residencia que fue el palacete rural más espléndido del Virreinato del Perú.

Si bien hoy es un espectro de su pasado esplendor, aún se admira su soberbia construcción de planta en U, en cuya ala derecha se erige una amplia capilla y en la izquierda un prominente mirador desde el que se domina las antiguas extensas posesiones marquesales. La parte central del edificio, que une esas dos alas, comprende los salones, el amplio comedor, la cuadra, los dormitorios, el oratorio y la galería de arcadas de piedra desde la que se domina el valle. Frente a las habitaciones comunicadas exteriormente por un largo balcón se extienden unos parques cercados, cuadrangulares, que en otros tiempos fueron regados por el agua fresca que corría por unos canales de cantería que se encuentran hoy devastados por la maleza. Al parque principal adornaban cinco fuentes de alabastro bellamente labrado de las que sólo quedan las bases circulares. Firmes danzas de arquerías de piedra delimitan el pasaje de ese parque cuyos floridos jardines situados en diferentes niveles ofrecen una magnífica perspectiva. Una amplia huerta se extiende en la parte delantera de la casa, a menor altura, permitiendo una dilatada visión de los campos en tanto el pasaje de los parques a esta huerta se hace bajo un arco de paramento almohadillado que sustenta un segundo cuerpo con tres esbeltos campanarios de piedra rojiza.

El deterioro ha estragado profundamente esta suntuosa residencia: las doradas molduras que exornaban los cielorrasos con sus alardes rococó y neoclásicos yacen desperdigadas sobre los viejos pisos de madera y ladrillo. Los papeles policromados que cubrían

las paredes han sufrido las rajaduras de los muros. Una gran habitación que albergó a huéspedes y viajeros es hoy oscura cueva donde los guardianes indígenas conviven con los cuyes entre montones de yucas, papas y mazorcas de maíz. La declinación y la muerte han asolado esta gran heredad que antiguamente ofrecía el orgullo de sus salones adornados con espejos dorados, sillones de ricos brocados, tapices y alfombras orientales, muebles europeos y criollos de encrespadas entalladuras, cortinajes carmesíes, arañas de polícromos cristales, lujosos retratos familiares en pesados marcos cubiertos de pan de oro. Hoy es vana sombra de otros tiempos la galería desde la cual los señores vigilaban sus dominios, observaban el ciclo de las estaciones y controlaban el trajín de la peonada durante la siembra y la cosecha.

Esta flor de barro y piedra, nacida entre campos de cebada y de maíz a las faldas del imponente Pachatusan, desfallece ensimismada en su perdido esplendor. Ya las aguas de los puquiales no corren presurosas por sus acequias ni brincan en las fuentes reverberando al sol. La hierba salvaje ha brotado donde hubo rosales, retamas y buganvillas; el gruñido de los cerdos ha invadido los espacios que colmó la música de arpas, violines, flautas y charangos; la lagartija aguda y verdisepia ha hecho su vivienda en los resquicios de los peldaños curvos de la gran escalera principal. Hoy, el arco sin campanas, los senderos solitarios, el oratorio sin plegarias, los salones sin risas ni murmullos testimonian la corrosión que causa el tiempo, el crepúsculo que anuncia el hundimiento de los privilegios y la belleza misma en una oscuridad que todo lo iguala en una sola, espesa tiniebla.

Esta es la impresión al llegar a este paraje que nadie visita. Y es en esta ruina donde hallé las débiles palpitations de un pensamiento que retorna del remoto pasado en la impronta de unas pinturas desgastadas y de unos textos dañados por la carcoma. Sin embargo, a pesar del lamentable estado en que se encuentra este recinto, no caí en el desaliento. Pero el trabajo al que me aboqué fue ímprobo, y hasta penoso. ¡Se requiere gran paciencia para reconstruir esta fragmentada iconografía borrosa y aquellos textos que

bajo la próxima lluvia torrencial desaparecerán! Sirva este escrito para alertar acerca de este inminente desastre que destruirá para siempre un testimonio invalorable del pensamiento humanista andino que estas líneas pretenden, frágilmente, preservar.

Aquel día de mi primera visita a «La Glorieta» constaté que las partes principales del edificio se ajustan al diseño de los planos del archivo marquesal. De esta forma pude ubicar el recinto del ala derecha que se levanta altivamente sobre un fuerte muro de piedras labradas de origen incaico. Esto último no es raro pues frecuentemente se reutilizaron en construcciones coloniales cuzqueñas materiales que habían pertenecido a edificaciones antiguas, como es el caso de «La Glorieta», donde se han empleado sillares de los magníficos andenes prehispánicos de Tipón. Lamentablemente este recinto se está inclinando peligrosamente por efecto de profundas fallas en su cimentación, provocadas por las retorcidas raíces de los arbustos salvajes introducidos en los intersticios. A pesar de ello esta construcción ha resistido el abandono, las inclemencias atmosféricas y un tormentoso deslizamiento de fango y peñascos que hace una década bajó con fuerza inusitada por las quebradas del Pachatusan golpeando reciamente los muros perimetrales.

El aspecto exterior de la construcción es el de una torre de regulares proporciones. Pero una torre discretamente disimulada entre las demás construcciones próximas compuestas por la alta capilla y las galerías orientales. Del mismo material de los cimientos, el cuerpo central de este edificio es de piedra, siendo la cubierta una techumbre circular tejada. Si bien nada de su forma exterior llama particularmente la atención es en el umbral de su única puerta donde se inician las sorpresas pues el vano de ingreso es de diseño trapezoide como lo fueron las puertas, ventanas y nichos de la arquitectura incaica clásica. Asimismo, tanto en el dintel como en los vanos laterales se hallan inscripciones que, con gran dificultad, descifré. Pero es el interior de esta torre el que guarda la respuesta del significado de su construcción, significado que nos revela las excepcionales actividades a las que estuvo dedicado don Isidro María de Esquivel y Jaraba.

¿Y qué es lo que vi y estudié a la luz de la linterna en esta sobria torre a punto de desplomarse?: ni más ni menos que una construcción cabalmente ajustada a los modelos de espacios arquitectónicos organizados para invocar energías estelares. Es decir, un templo astrológico cuyo diseño e inscripciones están dispuestos para efectuar rituales dirigidos a canalizar las potencias de astros y espíritus supralunares.

El sistema constructivo de esa torre obedece rigurosamente a los cánones tradicionales: el cuerpo inferior es un cubo y el superior una media esfera. Entre ellos —como es de preverse— el anillo es un octógono. Así nos enteramos que los conocimientos constructivos de don Isidro María revelan que conocía la médula de las concepciones crípticas renacentistas: el cubo como expresión de las formas materiales; la media esfera de las espirituales y el octógono como pasaje de la transformación del cuadrado a círculo, de cubo a esfera. Pero ¿cómo está compuesta la cúpula?: a pesar de su deterioro aún se admira un espléndido artesanado mudéjar policromado, con vistosos casetones, lacunarios, pinjantas, vigas y tirantes de finas maderas doradas a fuego. Y su espléndida lacería de vivos colores reproduce el maravilloso juego de fuerzas que entrelaza a las esferas del firmamento, pues los polígonos estrellados aluden a los astros y las constelaciones. Esa soberbia techumbre reproduce en esa aislada finca cuzqueña aquel cielo estelar de arcaica tradición que profundizaron los caldeos, conservó y enriqueció el Egipto helenizado y remontó a sus más elevadas cimas el Islam. El orbe latino, en particular el ibérico, recibió esta herencia que atesora aquellos significados filosóficos y metafísicos que suscitaron excepcionales peregrinaciones espirituales en quienes las emprendieron silenciosa y osadamente desde la soledad de sus torres templarias. Tal como se lee en el epigrama de los *Oráculos* de Porfirio labrado en el dintel de la puerta: «Cállate ahora, no hables más / Que la vida repose. Abandona las antiguas imágenes / Quita sus duros lazos de tus miembros».

Pero el artesanado mudéjar de la torre de Valleumbroso no sólo reconstruye el firmamento, sino que también incluye una cui-

dadosa y artística descripción de las doce casas zodiacales que dividen la cúpula en otros tantos segmentos triangulares curvos. Los símbolos de las casas, gastados por el desprendimiento del estuco y las filtraciones de agua, aparecen fragmentados en sus posiciones correspondientes provocando una extraña sensación. Mi linterna iluminó en aquella memorable ocasión sólo unos retazos de las garras de lo que fue Leo, el lomo escamado de aquel pez de Piscis y el agua ondulante que cae de un quebrantado Acuario... Sin embargo, a pesar de esas dificultades, pude realizar una copia bastante pormenorizada de esas venerables alegorías. Después de varias horas transcurridas en la semipenumbra de ese recinto pude imaginarme las largas sesiones que efectuaría don Isidro María a la luz de los candelabros y, durante el día, a la del sol que ingresaba a través de cuatro ventanas, hoy cegadas, que se abren a los cuatro puntos cardinales.

Pero con ser valioso lo descrito lo más notable se me reveló luego de detenida observación. Es el caso que horas después de examinar esta torre caí en la cuenta de que la erupcionada y sería de las cuatro paredes del cubo conservaba unas formas casi irreconocibles que yo había confundido inicialmente con pálidos restos de pintura decorativa. ¡Cuál no sería mi sorpresa cuando al pretender copiar en un papel translúcido esas figuras se me reveló un sistema codificado compuesto por caracteres hebreos dispuestos en columnas verticales y horizontales! Está demás que refiera el sentimiento que me sobrecogió y la vehemencia con que intenté descifrar lo legible y reconstruir lo que faltaba. Durante horas me entregué a esa penosa operación luchando desesperadamente contra la corrosión que el tiempo había infligido en ese lenguaje mutilado que con cruel mezquindad me arrojara inesperadamente el destino, como si fuera el aliento postrero de aquel que lo había fijado en esos muros tres centurias atrás.

Fue con esta riquísima información que retorné presurosamente a Lima a indagar en la fuente y significación de aquellos caracteres que me recordaban una antigua lectura que tardé varios días en identificar. Cuando la ubiqué sentí que había efectuado uno de los

hallazgos más extraordinarios de mi carrera profesional: don Isidro María había usado para sus operaciones astrales las tablas de los nombres de los ángeles según las tradiciones hebreas, las de Ziruph y la de la permutación cabalística de las letras en números que se encuentran en *La magia ceremonial* (1529) de Enrique Cornelio Agrippa. Y allí mismo, en el capítulo xxvi, constaté el origen de aquella anotación del plano de la torre que con letra menuda dice: «...para fabricar un anillo o una imagen o para proceder a cualquier otra operación, bajo una cierta configuración celeste, si se desea encontrar el nombre del ángel que debe regirla, se elegirá primeramente un tema celeste, después se inscribirá las letras en su orden, una sobre cada una de los grados del cielo partiendo del grado del ascendente y siguiendo los doce signos, grado por grado. Se escribirá aparte las letras que caigan en el grado donde están situados los planetas de los que se tiene necesidad, teniéndose en cuenta el número de esos planetas, su fuerza y dignidad, y se obtendrá así el nombre del espíritu benigno. Pero, si se parte del grado del Occidente siguiendo una progresión inversa de la progresión normal de los signos, el nombre del espíritu que se encontrará pertenecerá al orden de los genios malignos».

Recuerdo que la murmuración de ese pasaje de Agrippa en la penumbra de la torre había hecho resonar mi voz como un multiplicado susurro suscitando inquietantes vibraciones en esa atmósfera cerrada que preserva latentes energías inextinguidas. Ello me llevó a comprender los temores y las murmuraciones que provocó en el pueblo la existencia de esta familia que poseyó un excepcional poder hasta el punto que en tiempo de revueltas circularon pasquines que proclamaban con soberbia: «En Madrid el Rey, en Lima el Virrey y en Cuzco los Esquivel». A pesar de que los estudiosos han creído ver en ellos la exaltación de su gran preponderancia social y económica, la indagación en que me empeñé me demostró que en esa fama tuvo mucho que ver el rumor acerca de las prácticas de don Isidro María, que en aquella época de estricta ortodoxia y celo inquisitorial aparecían como patentes contubernios con potencias perversas. Por cierto, las grandes influencias y las dádivas de los

Valleumbroso sofocaron eficazmente toda pretensión de husmear en la vida privada de tan altos señores. Para muestra baste un botón: alguna vez, cuando cundió la irritación en el Cuzco por la sospecha de un homicidio cometido por el marqués, éste cambió la voluble opinión pública obsequiando un espléndido frontal de plata a la catedral. Los elogios desde entonces fueron tan subidos acerca de su generosidad —¡y piedad!— como denigratorios habían sido los adjetivos que se le enrostraban semanas atrás.

No cabe duda: nuestro personaje vivió en el Cuzco del xvii una doble vida. No hay otra forma de entender su habilidad para trazar tan firme línea divisoria entre esas actividades inconfesables y su vida pública en que ejerció una irradiación a la que no fueron ajenas las más bellas damas de su época, lo cual se transparenta en documentos en los que hay referencias a él calificándolo de «donoso caballero», «gentil» y «muy apreciado por las más distinguidas señoras de la ciudad...». No he logrado precisar si contrajo matrimonio y tuvo familia. El silencio acerca de su descendencia conocida llevaría a aseverar sin mucho riesgo de equivocación que fue un perseverante solterón que falleció en tal estado a los setenta y siete años de edad. Sólo en este acontecimiento de su muerte tuvo la audacia de dejar un rastro que pudo suscitar sospechas en la autoridad eclesiástica; sin embargo no hay indicios de que tuviera alguna consecuencia. El hecho es que a don Isidro María se le dio sepultura en una cripta que poseían los Valleumbroso en la iglesia de San Salvador de Oropesa, que es la aldea próxima a «La Glorietta». Resuelto a averiguar todo detalle que pudiera ser valioso para reconstruir el carácter y biografía de este Esquivel, descendí a esa cripta, que cinco peones en un día de laboreo alcanzaron a limpiar. En ella me fue fácil identificar la tumba de nuestro personaje pues la lápida conserva la inscripción de su nombre y los años de su nacimiento y deceso. Pero lo notable es que en la losa de piedra hizo labrar unos signos que hubieran impedido su sepultura en aquel templo cristiano... si el párroco de Oropesa hubiese sido consciente de su significado. El caso es que debajo de su nombre don Isidro María había hecho tallar una frase latina inscrita entre unos signos.

La frase dice: «Vencidas por las oraciones de los hombres / las inteligencias celestes / aceptan descender sobre la tierra / y abren las puertas del porvenir». En cuanto a los signos, éstos hacen directa alusión a los nombres hebreos de tres ángeles no canónicos cuyas letras permutadas a números suman la cifra 1000. No cabe duda de que quien reposa en esta tumba estudió esas combinaciones en el afán de dejar perfectamente sellada y custodiada su última morada, hasta que un acontecimiento que nosotros difícilmente podríamos concebir retorne a la vida sus despojos. Pero ciertamente a una vida de otra naturaleza y dimensión que ésta terrena. Una dimensión más bien vinculada a la concepción de las siete esferas universales que estaba en el corazón de las creencias de un humanista cultivado del siglo xvii. Leemos por ello, conmovidos, la convicción que reflejan esos símbolos lapidarios al transparentar la firme voluntad de trascendencia que animó el destino de don Isidro María y que lo llevó a invocar aquellas energías benéficas que lo ayudarían a viajar a través de las esferas sublunares hasta el *celum stellatum*, y más allá aún del *primum mobile* hacia el *coelum empyraeum*, a aquel paraíso que es «cándida rosa...» cuyos pétalos tienen «la faz de llama viva, y las alas de oro, y el resto tan blanco, que ninguna nieve llega a término tal»².

En el silencio de esta cripta evoqué el perfil y entraña de ese hombre que había vivido en una época excepcional del Cuzco. Una época profundamente escindida en dos tiempos por la catástrofe del gran terremoto del 31 de marzo de 1650 que destruyó casi todas sus edificaciones renacentistas. Aquel sismo abrió las puertas de la urbe a la suntuosidad del barroco, impulsado resueltamente por el obispo don Manuel de Mollinedo y Angulo, ilustre mecenas que se puso al frente de una reconstrucción que hizo florecer extraordinariamente las artes. La antigua ciudad incaica se transformó entonces en un inmenso taller de arquitectura, pintura, retablería, orfebrería y escul-

2. De esta grácil y sabia manera lo describe Dante en el Canto xxxi, 1-24, de «El paraíso» en *La divina comedia*.

tura en que día a día fueron erigiéndose los templos, conventos y casonas que le devolvieron, y aún aumentaron, su prestancia. Los palacetes del siglo xvi que quedaron en pie se mantuvieron como soberbios testimonios de una época de reciedumbre, de sombrío y desafiante orgullo, afirmado en la altivez de sus portadas, de sus arrogantes blasones, fieros rostros aleonados y pétreas labras de arpías, dragones y lamias que semejan apariciones venidas de extraños universos insondables. La sensibilidad del barroco con sus voluptuosos retorcimientos, sus danzas inmóviles, su *trompe l'oeil* de objetos y espacios que surgen y desaparecen en el claroscuro de su juego, en la tentación del deleite visual, en la repujada follajería de plata, en las sinuosidades de espirales, superficies convexas, almohadillados y pomposas cresterías doradas, contrastaron extremadamente con las formas traídas un siglo atrás por la Conquista.

De similar manera el pensamiento de don Isidro María se me aparecía como el de las presencias supérstites de aquellas arquitecturas cargadas de alegorías y significados esquivos. La torre de Valleumbroso en el último tercio del siglo xvii era una edificación arcaica y exótica. Muy pocos —o nadie— apreciaban (ni mucho menos entendían) el alto vuelo inteligente que sustentaba su elaborada cúpula mudéjar. El mismo debió observar, no sin sorpresa, cómo se edificaba el Cuzco sobre las ruinas de la venerable ciudad en que había nacido, desapareciendo día a día las referencias urbanas de toda su vida. La sustitución del antiguo orden de cosas por el que impuso Mollinedo y su ejército de artistas innovadores lo despojó de su mundo recluyéndolo en su finca. Sobrevivió poco tiempo a esa febril actividad reconstructora del obispo pues sólo cuatro años después que este prelado llegara en 1673 a la Ciudad Imperial, don Isidro María falleció.

Estos acontecimientos, que cualquiera interpretaría como lamentables desgracias naturales provocadas por una geología abrupta, sujeta a convulsiones imprevisibles, constituyeron sin embargo para don Isidro María profundos cataclismos interiores que anunciaron desdichas colectivas a las que era imposible sustraerse. Esta conjetura se fue transformando en él en una convicción obsesiva,

como lo evidencian sus apuntes autobiográficos, los cuales, a pesar de su brevedad, son un dramático aunque fragmentado recuento de los más recónditos sentimientos de sus últimos meses de vida. No es esta la ocasión para transcribir íntegramente esas anotaciones, pero sí es pertinente extraer de ellas lo sustancial, para que se tenga una idea aproximada de las últimas sensaciones de un alma fina y osada que había aspirado a remontarse a alturas de vértigo:

«Soy una sombra en las callejas de mi ciudad mutilada, en el azogue de sus espejos, en mi propia imaginación proyectándose en la noche. Me siento como un cuerpo inconsistente, vaporoso, en el cual se va agotando el menguado hálito que lo mantiene encadenado al mundo. Y me muerde la melancolía, asediándome como una máquina de innumerables ruedas dentadas. Y me sé oscilante sobre ese abismo profundo que separa mi pensamiento de las rutinas, de los hábitos, del movimiento igual, desesperante, de la noria cotidiana. ¿Hasta cuándo? —me pregunto— ¿hasta cuándo? Ya no me interesa el para qué de nada. Ni de mí mismo. Después de interrogar por años a las invisibles energías invocadas con tenacidad, después de trazar meticulosos mapas siderales, después de abandonar las ingenuas alegrías sociales... ¿Para qué? ¿Por qué? Hoy, el viento de los atardeceres invernales sopla con fuerza sobre el valle, trayendo en su aliento el frío remoto de los grandes macizos del sur: los gigantes nevados Ausangate y Salcantay. Las mil lenguas del aire azotarán algún día estos parques que serán abandonados, las decrepitas galerías, las habitaciones enrarecidas, y ese viento se colará por sus resquicios, profundas heridas en las tinieblas por las que escapará a borbotones la sangre impalpable que dio vida a esta mansión. El viento frío que desciende de alturas inmarcesibles trae consigo un coro de voces recogidas en las encumbradas soledades esteparias donde irradian sus plegarias los *altomesayoc*, esquivos sacerdotes auscultadores de los meandros del corazón, del significado del rayo, de la inminencia del granizo, de los vuelos de los *huaminca*, de los latidos de la tierra, de las cifras grabadas en las negras alas del cóndor macho... Voces que silban en largo viaje crepuscular por las aldeas donde sorprenden a los párrocos despre-

venidos; por los potreros donde hacen temblar a las acémilas adormiladas; por los caminos, donde ahogan en lentos remolinos a los viajeros temerarios. Soledades, oscuros remecimientos, espantos de sombras multiformes que transitan de aquí para allá... Y arriba, sobre los nubarrones preñados de tormentas, navega la luna fatal en un silencioso esplendor de hermética nave de plata. ¿Qué transgresiones anuncia? ¿Qué mensaje grave, incalculable, contiene su esfera hipnótica? Lo he sabido, yo lo he sabido. Y aquí están mi cielo y mi tierra, mis estaciones interiores donde he sufrido el cosmos; aquí queda, sellado en el revés de mi piel, el remoto alfabeto que atesoró un diálogo único, irrepetible. He vivido admirado del árbol que reflejaba todo. Todo. Hasta la inconcebible visión del infierno. Y en sueños me fue dado leer esa ardiente escritura que me reveló la memoria de mi raza hasta la prodigiosa semilla de su insólito origen. ¡Matrimonio de ángeles con las hijas de los hombres! Es lo único que no hubiese querido saber. Nunca más fui el mismo. Nunca más volveré a serlo. Ahora sólo me resta esperar y esperar y esperar. Y atender resignadamente a mi previsible, a mi justa consumación final...»³.

Estas líneas seleccionadas al azar son ejemplo de las sobrecogedoras impresiones que martillean recurrentemente el alma de don Isidro Marfía a lo largo de aquellas páginas. Son aseveraciones que delatan un desencanto en el trecho último de un sendero del cual no pudo, no quiso o no se sintió con fuerzas para salir. En el transcurso de él se constata que cada día que pasaba reconocía menos la ciudad, la cual recorría fantasmalmente, como si estuviese en escombros. La comunicación con la sociedad lo tuvo sin cuidado haciendo todo lo posible por evitar frecuentarla. Sus viajes al Cuzco desde «La Glorieta», en los dos últimos años de su vida, se hicieron muy esporádicos. Y ello se refleja en esas anotaciones que no

3. Esa inquietante aseveración suya del matrimonio de ángeles con hijas de hombres recuerda aquel pasaje del *Génesis* (6, 1-4) de la unión de los hijos de Dios y las hijas de los hombres cuyo progenie «fueron los héroes de la antigüedad, hombres famosos».

recogen referencia a persona alguna, y en que el mundo exterior aparece remoto y ajeno.

Habiéndose aislado resueltamente su preocupación creciente y mayor fue la intensificación de sus operaciones celestiales en la torre. Acerca de ellas se demora en minuciosas explicaciones que revelan gran ansiedad por la inminencia de un acontecimiento extraordinario que lo libere de la existencia. Una existencia fascinada por los vuelos del intelecto y ya desarraigada de las mezquinas actividades cotidianas. El fastidio y el tedio llegaron a ser espectros desesperantes que lo asediaron e impelieron a invocar otras compañías. Su estado de ánimo —distanciamiento, susceptibilidad, tendencia a la ira— ahondó su misantropía, pues se adivina en sus apuntes que hasta la servidumbre de la finca se atemorizó optando por dejarlo solo en la torre o en la biblioteca... aunque él no necesitara disponerlo así pues era exactamente lo que quería: no ver a ningún ser humano.

En lo referente a las operaciones mágicas que efectuó su erudición fue portentosa. Como se comprenderá, para seguir sus prolijas descripciones debí conseguir los tratados que circularon subrepticamente por Europa y América en los siglos XVI y XVII, y puedo asegurar que hubo muy pocos manuscritos e impresos de estas materias que no conociera a profundidad. Es cierto que era la primera vez que yo ponía mi interés en ello, exigido por esclarecer las singulares actividades de este personaje, pero luego de un tiempo dominé —no sin esfuerzo— las fuentes fundamentales en las que bebieron los más notables *espirituales* de su tiempo. Pero de todo lo que él conoció no dejó de asombrarme su cabal dominio de dos libros de Johannes Reuchlin: *De verbo mirifico* (1494) y *De arte cabalistica* (1517). Y hago hincapié en este último pues fue el primer tratado integral acerca de la cábala escrito por quien no tenía ascendencia semita. No me cupo duda de que ellos encierran parte medular de la clave de las operaciones que este aristócrata cuzqueño efectuó en la torre. Y adquieren su máximo sentido los estudios que hizo de matemáticas y astronomía, disciplina esta última que está presente de manera destacada en su biblioteca con obras muy difí-

ciles de conseguir en el Perú de su época, y que debió traer de su viaje juvenil a Europa⁴. De esta forma, el artesonado de la cúpula de la torre, las inscripciones que interpreté, la bibliografía que manejó don Isidro María, bien relacionadas entre sí, se unen en un supremo esfuerzo por dominar la «matemática mística».

Fue en esta etapa de mis indagaciones que sentí que ingresaba en un territorio extraño y desconocido. Un territorio en el que otras facultades y potencias humanas, diferentes de la razón práctica y de la inteligencia habitual, emergen de las simas profundas del alma esclareciendo otros espacios de la Realidad, abriendo la comunicación con elevadas regiones del espíritu y con presencias que, como asevera don Isidro María, «pueden ser convocadas mediante aquel conocimiento auténtico que es alentado sólo por el amor».

Luego de la intensa impresión inicial, que jamás olvidaré, comprendí que había transpuesto una frontera y mientras más avanzaba, más atrás iban quedando mis antiguos estudios rutinarios y la relación emocional con personas y cosas que habían constituido mi mundo ordinario. ¿Qué es lo que suscitó en mí el tenaz seguimiento de este personaje excepcional? ¿Cómo pudo influir en mi espíritu en tan grande magnitud alguien que había vivido tres siglos atrás? ¿O es que las imágenes, signos y lenguajes que tuve que estudiar en aquellos tratados despertaron en mi alma, mediante un proceso de reminiscencias, a la manera socrática, una memoria arcaica y sepultada? No conozco la respuesta. Pero el hecho es que aquí estoy, en el silencio de mi biblioteca de Lima, acompañado de ejemplares de casi todos los libros que consultó don Isidro María que constituyen desde hace mucho tiempo mi lectura principal. Y debo confesar que me ha sucedido un fenómeno que me hubiese sido imposible prever: que día tras día he ido abandonando el estudio de las disciplinas académicas que fueron para mí de primordial interés debido a que

4. No puedo dejar de mencionar el imprescindible *De harmonia mundi totius* (1535) del fraile franciscano de Venecia Francesco Giorgi y la notable *Apología* (1487) de Giovanni Pico della Mirandola.

mientras más avanzo en dirección de lo esencial me resulta crecientemente insufrible la anodina acumulación de datos nimios, densos, insignificantes, que pretenden reconstruir el sueño del pasado. Prefiero entonces, hoy más que nunca, retener en el alma esas imágenes espléndidas en su último aliento preservado por los siglos que constituyen en sí mismas la vital y máxima expresión de su plenitud fatal. Y esas imágenes sólo pueden ser entrevistas por la intuición, suprema facultad que posee el ser humano como potencia intelectual de excepción. Es por ello que se comprende la admiración que profesó don Isidro María por la vida y las obras de un selecto grupo de hombres compuesto por místicos, sabios, poetas y artistas, así como por ilustres estudiosos de las disciplinas que él practicó, y acerca de las cuales pregonó ser «el último de los discípulos».

Hoy, en el umbral de la senectud, se me superponen en la memoria las sucesivas impresiones que recibí cuando pasé esos días inolvidables de búsquedas en el Cuzco. Lo que iba a ser originalmente un estudio monográfico de historia que pretendía recomponer la trama familiar de los Valleumbroso del siglo xvii, se transformó imperceptiblemente en una apasionante indagación que me sedujo. Esa subterránea convulsión, que fue afectando los más remotos espacios de mi ser, me demostró que el sendero más inesperado puede conducirnos a avizorar horizontes en los cuales el cosmos, el universo que suponemos externo a nosotros, a nuestra interioridad, se aproxima vertiginosamente a nuestra alma suscitando en ella resonancias gemelas. Resonancias armoniosas, profundas y dramáticas mediante las cuales el corazón percibe arcaicos amaneceres, transcurso actuales y crepúsculos futuros; la inteligencia es luz pasajera, que permite al ser humano conocer por el lapso de su fugaz existencia su situación en el mundo; y en que la intuición es supremo relámpago penetrante que faculta a avizorar lo trascendente a través de un minúsculo observatorio en el universo.

Mi primitivo estudio sobre los Valleumbroso quedó, como se habrá colegido, inconcluso. La documentación que reuní acerca de don Isidro María es por cierto muy completa y facilitaría escribir

una biografía integral, asunto que tampoco haré dado mi desinterés en la historia externa. Lo que sí he pretendido —y he aplicado un persistente esfuerzo en ello— es evitar la ruina de la torre de Valleumbroso e, inclusive, salvar la totalidad de los edificios de esa espléndida finca. Pero no creo que lo logre. Y no exclusivamente por la inconsciencia de los responsables de protegerla, sino porque esa torre parece destinada a pulverizarse dejando definitivamente una deleznable imagen, un recuerdo, una vaga huella, como esas máscaras de oro que miles de años después de permanecer enterradas en la negra oscuridad de sus urnas funerarias se desintegran instantáneamente al ser expuestas a los deslumbradores rayos del sol.